

Entrevista

El ojo público de Steve McCurry

Sostenibilidad

Oficios con compromiso



El otro ejército

Soldados y excombatientes contratados para intervenir en los principales conflictos bélicos relatan sus experiencias



Texto de **Álvaro Colomer** Fotos de **Xavier Cervera**

Soldados de alquiler

En marzo del 2004, Faluya (Iraq) fue el escenario del asesinato salvaje de cuatro *contratistas* de Blackwater, una compañía privada militar estadounidense. Fue así como, por primera vez en el siglo XXI, la sociedad supo de la existencia de ejércitos paralelos creados con el dinero de los gobiernos occidentales.

Ben Thomas, ex contratista y ahora actor (participó en la película *En tierra hostil*, filme que obtuvo seis Oscar) posa con una metralleta de la tienda Adams Arms, de Tampa, en Holmberg Farms, municipio de Lithia (Florida)



La mañana del 5 de abril del 2005, el soldado de fortuna Ben Thomas sintió el peso de la guerra cayendo sobre sus hombros. Se encontraba bajo la ducha cuando el sufrimiento causado durante sus tres años al servicio de la compañía militar privada Blackwater lo dejó paralizado. En ese periodo de tiempo mató gente, mucha gente, pero también salvó vidas, no pocas vidas. Sin embargo, aquella mañana de abril sólo recordó a los muertos y, por primera vez desde que inició su andadura castrense –al principio, como miembro de las fuerzas especiales norteamericanas, y años más tarde, como contratista (especie de mercenario que trabaja a las órdenes de una empresa)–, se desmoronó. Permaneció bajo el chorro de agua fría durante seis horas, sin poder mover ni un músculo, víctima de un ataque de nervios. Entonces, cuando al fin pudo abandonar la ducha, se sentó en el sofá durante los dos meses siguientes, sin salir en ningún momento de casa, pidiendo comida a domicilio, luchando contra la depresión. “Hasta que un día crucé la puerta de mi apartamento y contemplé el cielo de Los Ángeles –recuer-

Ben Thomas

(Estados Unidos, 1976) En 1994 superó las pruebas para convertirse en un Navy SEAL. De 12.000 aspirantes, sólo lo consiguieron 19: “Supieron encontrar mi especialidad: ser agresivo. Después me dieron una misión: matar. Para matar no hay entrenamiento que valga. Eso lo llevas dentro. Es como tocar el piano: sólo se te da bien si tienes talento”. Años después, desmoralizado por los escándalos sexuales de Bill Clinton, abandonó el ejército. Hasta el 11 de septiembre del 2001: “América era demasiado perfecta para que ocurriera algo así, de modo que decidí regresar a las armas, pero esta vez en una compañía privada militar en la que pudiera defender realmente mi país: Blackwater”.

da-. Fue en ese momento cuando decidí que nunca más entraría en mi piso, ni siquiera para recuperar la documentación, y que había llegado el momento de empezar de nuevo.” Ben Thomas no ha vuelto a blandir un arma. Al menos, no una de verdad. Porque ahora trabaja como asesor en películas bélicas en Hollywood y ocasionalmente como actor secundario, según puede comprobarse en la cinta ganadora del Oscar a mejor película *En tierra hostil*, donde interpreta el papel de médico. “Aunque parezca una obviedad, le diré que Sylvester Stallone influyó mucho en mi decisión de meterme a trabajar como contratista. Cuando vi *Rambo* siendo

yo un niño, pensé que esa película hablaba de un héroe. Hoy sé que trataba sobre un hombre roto.” Cuando a finales del 2006 el secretario de Defensa norteamericano, Donald Rumsfeld, abandonó el cargo, el número de contratistas desplegados en Iraq ascendía a 100.000, la misma cantidad que soldados estadounidenses. Algunos años antes, ese político había defendido ante el Congreso la necesidad de añadir a los efectivos militares un número indeterminado de *mercenarios* en aras de crear lo que él mismo tildó de “fuerza total”. La idea era externalizar ciertos servicios hasta la fecha propios del ejército –protección de políticos y →

“Sylvester Stallone influyó mucho en mi decisión de meterme en este negocio. Cuando vi ***Rambo*** siendo yo un niño, pensé que esa película hablaba de un héroe. Hoy sé que **trataba sobre un hombre roto”**



Ben Thomas, a quien se ve en la primera imagen de la izquierda con la metralleta en Holmberg Farms, aparece en las

siguientes fotografías leyendo en su casa, en la cocina con su esposa, Kristin, y, a la derecha, con su amigo

George Montanez, ex militar del ejército estadounidense, en el interior de su limusina, con la que

traslada a jugadores del equipo de baloncesto Orlando Magic, de la NBA. Abajo, paseando por su barrio, Saint Pete

Beach, en los alrededores de Tampa (Florida)

→ empresarios, seguridad para convoyes, reparto de suministros, defensa de los cuarteles y embajadas, y demás funciones necesarias para asegurar el correcto funcionamiento de toda industria bélica— para, de este modo, permitir que los soldados se dedicaran única y exclusivamente a la guerra. De inmediato, varias compañías militares privadas, (PMC, en sus siglas inglesas) como Blackwater (hoy Xe Services), Triple Canopy, DynCorps, Aegis o MPRI/

L3, ofertaron sus servicios de seguridad externa al gobierno de George W. Bush, y en pocos meses se creó un auténtico ejército paralelo formado por ex soldados de fuerzas especiales que habían renunciado a sus carreras para enrolarse en unas empresas que, en aquel entonces, pagaban 1.500 dólares al día. “El antecedente inmediato de este tipo de compañías fue Executive Outcomes, fundada por ex militares sudafricanos que, ante el abandono

por parte de las ex potencias colonizadoras y de la ONU, decidieron intervenir en los conflictos del continente”, comenta un asesor de este tipo de negocios que pide mantener el anonimato. Executive Outcomes demostró que un número mínimo de personal altamente profesionalizado con coste muy reducido era infinitamente más eficaz que miles de cascos azules sin equipamiento ni órdenes, pero con un coste disparado.

“Llega un momento en el que te dices: estoy harto de guerras. Pero, como no sabes hacer otra cosa, decides seguir combatiendo, aunque **ya no por una bandera o un ideal, sino por dinero**”

destinos, pero el trabajo de siempre”. Y añade: “Aunque con más dinero”. A sus 59 años, ha combatido bajo la nómina de Erinys Security Consulting, Aegis y Blackwater, y aunque podría pensarse que a su edad ya debería estar retirado, sigue al pie del cañón porque, “cuando dejas el ejército, todavía tienes que pagar las letras de la hipoteca, algo que como contratista se solventa más rápidamente”. Los números hablan por sí mismos: si cobraba 2.000 libras al mes como paracaidista, ahora recibe 17.000.

Los mismos motivos impulsaron a *Peter Pan*, seudónimo de un contratista alemán que no tiene problemas a la hora de asegurar que, tras años sirviendo a su país, “llega un momento en el que te dices: estoy harto de guerras. Pero, como no sabes hacer otra cosa, decides seguir combatiendo, aunque ya no por una bandera o un ideal, sino por dinero. A fin de cuentas, cuando llevas tantos años como yo metido en conflictos bélicos, sabes que los gobiernos declaran las guerras para ganar dinero, ya sea mediante el control del petróleo, ya mediante cualquier otra cosa. Así que, si mi país hace eso, ¿por qué no voy a hacer yo lo mismo?”.

Pero, si los contratistas obtienen un buen dinero por poner las armas al servicio de los intereses privados, las empresas que los contratan consiguen auténticas millonadas gracias a los acuerdos alcanzados con gobiernos occidentales. Hace algún tiempo, Michael Ratner, presidente del Center for Constitutional Rights, afirmó que “el creciente uso de contratistas, fuerzas privadas o, como dirían algunos, mercenarios facilita el inicio y la continuación de las guerras, porque ya no se necesita a la ciudadanía, sino simplemente dinero”. La afirmación es delicada, ya que viene a insinuar que algunas PMC pueden estar interesadas en crear estrategias que →

David Morales

(España, 1972)
En 1991 se incorporó al servicio de la Infantería de Marina española, integrándose en las unidades de operaciones especiales. Pero en el 2001, viendo que su formación le permitía ampliar su campo de acción y un tanto decepcionado por la escasez de misiones en el ejército, fundó UC Global:

“Contrariamente a lo que algunos piensan, no siempre la búsqueda de una mejor remuneración económica es lo que nos lleva a participar en este tipo de actividades, sino la satisfacción por realizar una labor que aúna conocimientos técnicos y experiencia con profesionalidad, innovación y compromiso ético”.



El gaditano David Morales, fotografiado en distintos momentos de entrenamiento y de descanso en el centro de formación del que dispone UC Global en el aeródromo de Trebujena (Cádiz). En las prácticas, los miembros de los equipos suelen utilizar armas simuladas, como el AK-47 con el que aparece en la imagen de la derecha

En la práctica, la irrupción masiva de este tipo de empresas en los conflictos armados del siglo XXI ha supuesto la creación de ejércitos paralelos, a menudo mejor armados que los regulares, cuyos integrantes no son contabilizados como efectivos militares, pero que, no obstante, tienen la misma capacidad para matar y morir que los soldados normales. Así pues, cuando los medios de comunicación advierten de que Estados Unidos cuenta con 50.000 militares desplegados en tal o cual país, se debe entender que en verdad tiene 100.000 guerreros defendiendo sus intereses, aun cuando la mitad de estos no sean propiamente soldados y, por tanto, no cuenten como bajas de guerra en

caso de ser abatidos —algo que reduce considerablemente las estadísticas de muertos en combate y, en consecuencia, mantiene a la opinión pública callada—. Es, en definitiva, una nueva forma de hacer la guerra: contratar un ejército invisible que, pese a todo, tenga los papeles en regla.

Simon Chambers, contratista inglés con 35 años de experiencia como paracaidista en el ejército británico y cinco como soldado de ese ejército invisible: “A partir de cierto momento me pareció que trabajar como contratista era una extensión de lo que había estado haciendo toda mi vida. Distinto uniforme, distintas armas, distintos

→ perpetúen los conflictos bélicos para así asegurar su propia supervivencia como empresas, una posibilidad que también defienden los altos mandos españoles: “Aunque ellos digan lo contrario, los dueños de las PMC saben que están actuando como mercenarios –dice Jorge Ortega, general de división retirado y jefe del área internacional del Grupo Atenea. Trabajan por libre, desprestigian la labor de las fuerzas armadas y no se rigen por los principios éticos de los militares. Además, detrás de las PMC suele haber enlaces empresariales que sacan partido de las guerras.” Y quizá sea este el motivo por el que la ONU encargó el control de estas compañías a la misma comisión que en la década de los 90 tenía como labor la detección y la erradicación de cuantos mercenarios intervenían, por libre y a menudo con una crueldad extraordinaria, en las guerras africanas.

Pero no todo es recibir dinero. La muerte también acecha a estos hombres, como se demostró en marzo del 2004, cuando las compañías privadas militares perdieron su invisibilidad al hacerse público el asesinato de cuatro contratistas de Blackwater a manos de una turba de iraquíes. La imagen de los cuerpos calcinados de aquellos hombres colgando del puente de Faluya dio la vuelta al mundo y, por primera vez en el siglo XXI, la sociedad supo de la existencia de un ejército paralelo creado con el dinero de los gobiernos occidentales. “Yo conocía a los cuatro muertos desde hacía quince años –susurra, mirando al suelo, Ben Thomas-. Eran mis amigos. Recuerdo que estaba viendo la tele cuando emitieron la escena. Quedé muy impresionado.” Algunos años después, en concreto en septiembre del 2007, cinco miembros de esa misma empresa, sin duda la más polémica de todas, aparecieron de nuevo en los titulares por haber asesinado a 17 civiles iraquíes en

“Los dueños de las PMC saben que están actuando como **mercenarios**. Trabajan por libre, desprestigian la labor de las fuerzas armadas y no se rigen por los **principios éticos** de los militares”

Simon Chambers

Tras alistarse en las filas del ejército británico y especializarse como paracaidista, realizó misiones secretas en Omán, Irlanda del Norte, Chipre y Bosnia. En total, estuvo 35 años en las fuerzas regulares, tras los cuales pasó a la reserva. Pero Chambers continuaba queriendo acción y, además, no tenía completamente pagada su hipoteca: “Es uno de los grandes inconvenientes del ejército: te pagan poquísimo y encima te consideran viejo antes de que tú te sientas como tal. En las compañías privadas eso no ocurre. Y además pagan mucho mejor”.



circunstancias nada transparentes. El caso sigue actualmente en boca de todo el mundo porque demostró la impunidad con la que obran estos soldados de fortuna, ya que jamás llegaron a ser enjuiciados por una masacre que, dada su condición de civiles, no puede ser considerada acto de guerra.

Lógicamente, no todos los contratistas han protagonizado situaciones tan polémicas. Mark Webber se alistó en las fuerzas especiales danesas, el FKP, a los dieciocho años, pero no tardó demasiado en abandonarlas para apuntarse a SCPO, una compañía militar privada con una participación gubernamental del 51 por ciento.

“Dejé el ejército porque quería conocer algo nuevo y porque estaba harto de las normas que te imponen cuando eres un soldado regular. Sinceramente, me da pena que los ejércitos no tengan el derecho de hacer las cosas que una PMC puede realizar.” ¿Por ejemplo? “Proteger los barcos con pabellón de conveniencia que trabajan en aguas somalíes.”

Estas palabras encierran la clave para entender el modo en que este tipo de empresas, aun cuando sea con un perfil más discreto, han empezado a proliferar en España. Cuando hace unos meses el Consejo de Ministros aprobó la contratación de servicios de seguridad privada

para proteger a los atuneros españoles de los ataques perpetrados por piratas somalíes, algunos expertos advirtieron de que se abría una vía para la irrupción de PMC en nuestro mercado. “Se trata de contratar servicios de seguridad privada a empresas cuyos empleados están dotados y por tanto predispuestos a usar la fuerza con medios bastante letales, incluso fuera del territorio del Estado que las autoriza y donde

se constituyen”, afirmaba Sonia Güell, profesora asociada de Derecho Internacional Público de la Universitat Pompeu Fabra, en un reciente artículo publicado en *La Vanguardia*.

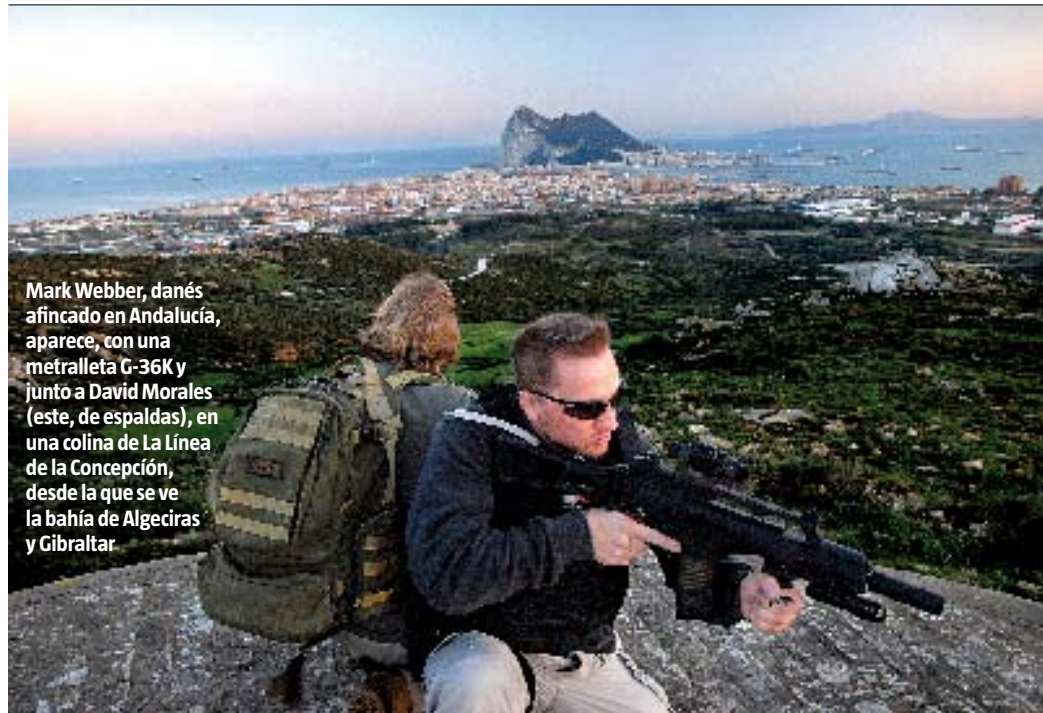
Pero, antes de que estallara el conflicto con dichos piratas, en España ya existían algunas PMC como SGSI, Hallmark Security Solutions y, la más importante de todas, UC Global. Fundada en el 2008 por

David Morales, ex infante de marina con un currículum que le ha llevado a participar en operaciones como la toma de Perejil o el abordaje del *So San* (el buque norcoreano que en el año 2002 trató de introducir misiles Scud y armamento químico en Yemen), la empresa ha realizado labores de instrucción a fuerzas de seguridad del Estado, ha defendido algunas embarcaciones que faenaban frente a las costas de Somalia, ha →



Cuando no toma parte en una misión como contratista, Simon Chambers se entrena para mantenerse en forma en Sopley Camp, un antiguo campo de maniobras del ejército británico creado en 1940, durante la Segunda Guerra Mundial, junto al aeropuerto internacional de Bournemouth, al sur de Inglaterra. En las imágenes, Chambers se entrena con un fusil G36L





Mark Webber, danés afincado en Andalucía, aparece, con una metralleta G-36K y junto a David Morales (este, de espaldas), en una colina de La Línea de la Concepción, desde la que se ve la bahía de Algeciras y Gibraltar

Por el momento, las **PMC españolas** no han conseguido contratos para actuar en guerras, pero **puede que la situación cambie** si el Gobierno decide externalizar la protección de las bases españolas en el extranjero

→ efectuado escoltas en el norte de África y Latinoamérica y ha protegido convoyes de ayuda humanitaria en países conflictivos. Según afirma su director, UC Global no pretende convertirse en la Blackwater española, porque “surgimos de una inquietud ética diferente. Nuestro horizonte de desarrollo y mapa de relaciones tienen más que ver con las ONG, la sociedad civil, los pescadores, la distribución de ayuda humanitaria y el diseño logístico de actuaciones de rescate en catástrofes”.

Además de las empresas antes citadas, también hay españoles

repartidos por el mundo que se dedican a este trabajo. José Félix Ramajo, presidente de Spartan Security & Consulting, abandonó el ejército para ejercer como contratista en Iraq, Afganistán, Qatar, Arabia Saudí, Kenia, Nigeria, Somalia, México, Brasil, Colombia, etcétera, tras lo cual decidió montar una empresa de seguridad de alto nivel, con sede en Honduras y Panamá, que se dedica a la protección de embarcaciones y personalidades. De modo que no trabaja para ningún gobierno, sino para multinacionales con intereses comerciales en lugares

Mark Webber

(Dinamarca, 1977) Apenas alcanzó la mayoría de edad, Mark Webber se alistó en la Real Armada Danesa, donde formó parte de los Frømandskorps FKP (fuerzas especiales danesas). Sin embargo, terminó abandonando el ejército para incorporarse a la compañía **Special Close Protection Ops (SCPO)**, la cual lo envió a diversas misiones en Oriente Medio y África: “La libertad que te da trabajar para una compañía privada no tiene comparación con las restricciones que tienes cuando operas bajo una bandera. Ahora tengo misiones más interesantes, y mis órdenes no están tan acotadas”.

donde pueden producirse conflictos de corte bélico y que, por tanto, requieren de personal de seguridad armado con capacidad para reaccionar del mismo modo que lo haría un soldado en una batalla: “En mi caso, la palabra *contratista* hace referencia a personas con experiencia militar que se dedican a dar protección en países desestabilizados. Así pues, mis hombres son contratados por multinacionales para proteger sus intereses, ya que no se fían del personal de seguridad, la policía o los militares de la zona, y deciden contratar a empresas de seguridad que trabajan por todo el mundo con sus correspondientes papeles en regla”.

Por el momento, las PMC españolas no han conseguido contratos para actuar de un modo decisivo en guerras, pero puede que la situación cambie si, según se viene rumoreando, el Gobierno decide externalizar la protección de las bases españolas en el extranjero. En tal supuesto, las empresas como UC Global podrían desplazarse a Afganistán para realizar dicha labor y, en caso de ataque, tendrían que repelerlo del mismo modo que lo harían efectivos del ejército. Si por cualquier circunstancia matan a alguien o mueren ellos mismos, nadie se enterará. Porque su condición de civiles les excluye de las estadísticas y, en consecuencia, los ciudadanos españoles seguirían pensando que sus soldados no perecen en las guerras donde intervienen, mientras que ellos, los soldados invisibles del siglo XXI, soportarían en silencio las consecuencias de sus acciones.

“A veces sueño con muertos –reconoce Ben Thomas–. Son los hombres y las mujeres a quienes he matado a lo largo de mi carrera como militar y contratista. Vienen a verme en mis pesadillas, y yo sólo puedo ir al psicólogo para que me ayude a olvidarlos.”○